

***“Les he dado a conocer tu nombre” (Jn 17, 26):
La comunicación trinitaria como modelo de la
comunidad esponsal y paterno-filial***

RAÚL SACRISTÁN

Universidad Eclesiástica San Dámaso de Madrid

RESUMEN: La comunicación es un acto que consiste en el vínculo perdurable entre dos o más personas, que hace de varios uno, los unifica, en función precisamente de la posesión común de lo comunicado. Este esquema, que se aplicó primeramente a la reflexión trinitaria, se ajusta también a las relaciones humanas, especialmente a las familiares (esponsales y paterno-filiales). En el artículo se analiza la superioridad del paradigma personal de la comunicación sobre la comunicación como transmisión de información. También, aunque brevemente, se alude a los riesgos de una mala comprensión de la sociedad de la información, así como a los riesgos de la ruptura familiar como modo de incomunicación. La raíz divina de la comunicación es la esperanza para salvar la comunicación humana.

PALABRAS CLAVE: comunión, comunicación, vida, información

ABSTRACT: Communication as an action consists in the perdurable bond among two or more persons, which makes one of many, unifies them, precisely through the common possession of that communicated. This schema, which was formerly applied to the Trinitarian reflection, fits also to human bonds, especially to those of the family (between spouses and among parents and children). The article analyzes the superiority of the personal model of communication over the communication as transmission of information. Also, however briefly, speaks about the risks of a misunderstanding of the society of communication, and the risks of familiar rupture as a way of miscommunication. The divine root of communication is the hope for saving human communication.

KEYWORDS: communion, communication, life, information

1. INTRODUCCIÓN

“**L**es he dado a conocer y les daré a conocer tu nombre, para que el Amor que me tenías esté en ellos, y yo con ellos” (Jn 17, 26). Con estas palabras concluye lo que se conoce como “oración sacerdotal” de Jesús, que es el cierre de los discursos de la Última Cena que presenta san Juan.

Este discurso-oración es uno de los mejores exponentes de la relación entre las Divinas Personas. Sabemos, por los evangelios, que el Señor a menudo hacía su oración en voz alta para poder ser escuchado por sus discípulos, y que pudieran conocer su relación con el Padre, así como también aprender a hablar con Él.

El tema sobre el que queremos reflexionar es la comunicación intratrinitaria como modelo de la comunión esponsal y paterno-filial. En esta cita de san Juan encontramos un filón para podernos adentrar en este misterio, cuando dice “les he dado a conocer tu nombre”. Pensemos por un momento en la siguiente escena: una madre repitiendo a su hijo pequeño que está aprendiendo a hablar “pa-pá, pa-pá, pa-pá”, o el padre, diciéndole “ma-má, ma-má, ma-má”. Ambos le están dando a conocer al hijo el nombre del otro, un nombre que tiene su origen precisamente en el amor que se tienen ellos dos como cónyuges. A la noche, cuando los esposos hablen, se podrán decir recíprocamente “le he dado a conocer tu nombre”. El nombre de nuestros padres no es el nombre propio de cada uno de ellos, sino que, paradójicamente, es el nombre común “papá”, “mamá”. Los padres se conmueven hasta las lágrimas cuando escuchan por vez primera a sus hijos que los llaman así. El misterio de esta maravilla se encuentra en que en el nombre común se encierra el origen del hijo, que no es otro sino el amor de los padres. Por eso, cobra sentido la segunda parte de la cita evangélica: “para que el amor que me tenías esté con ellos”. Cuando los hijos aprendemos los nombres de “papá” y “mamá”, los aprendemos juntos, porque papá y mamá van juntos, unidos. En los nombres de papá y mamá aprendemos la relación que hay entre ellos. De hecho, el hijo es el fruto, el testimonio evidente y claro de esa unión amorosa entre los esposos. La ternura de los términos “papá” y “mamá” son signo fehaciente del amor entre los esposos que se halla en el origen

“LES HE DADO A CONOCER TU NOMBRE” (JN 17, 26)...

de la vida de los hijos. De alguna manera, podemos decir que el amor de los padres es la vida de los hijos, puesto que la unión amorosa de ambos, que precede y sigue a la unión sexual, es la matriz de los hijos¹; hasta el punto de que la ruptura de la unión de los padres pone en grave riesgo la existencia de los hijos, como nos lo demuestran los numerosos casos que, por desgracia, todos conocemos.

El drama de la situación actual, que separa la unión sexual de la paternidad, que rechaza la forma natural de la paternidad, que asume como normal la ruptura de los matrimonios, no puede ensombrecer ni un ápice la belleza de la escena que acabamos de describir². En ella, como decíamos, podemos ver la relación que existe entre la comunicación entre las Divinas Personas y la comunicación familiar.

2. LO QUE JESÚS LES DA A CONOCER A LOS DISCÍPULOS

Es importante reflexionar un momento sobre lo que dice Jesús: “Les he dado a conocer tu nombre”. La teología del Nombre de Dios es uno de los aspectos centrales de los estudios del Antiguo Testamento en particular y de la teología cristiana en general³. Desde la perspectiva del AT, conocer el nombre de alguien es entrar en relación íntima con Él. De hecho, en el pasaje de la lucha entre Jacob y el personaje misterioso, que parece ser Dios mismo (cf. Gn 32, 23-33), al ser preguntado por Jacob, le responde evasivamente, sin declararle el nombre: “¿Por qué me preguntas mi nombre?” (v. 30). El

¹ Cf. C. ANDERSON y J. GRANADOS, *Llamados al amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II* (Burgos 2011), 152: «Lo que han hecho los esposos ha sido entregarse el uno al otro, amarse de verdad; y es de esa unión de donde el hijo viene. Esta manera de recibir al hijo es la única que está de acuerdo con su dignidad personal».

² Cf. A. SCOLA, *Hombre-Mujer. El misterio nupcial* (Madrid 2001), 155-187. En particular, p. 178: «Romper la perijóresis entre amor, sexualidad y procreación conduce, por tanto, a reducir la procreación a reproducción mecánica, el amor a búsqueda del fantasma andrógino y condena el yo al narcisismo».

³ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA (CCE), 203-213; G. VON RAD, *Teología del Antiguo Testamento I* (Salamanca 1972), 234-242; L. F. LADARIA, *El Dios vivo y verdadero. El misterio de la Trinidad* (Salamanca 2000), 116-119.

ocultamiento del nombre tiene como fin manifestar la infinita superioridad de Dios respecto de la criatura. El hombre, en cuanto criatura, no puede ni siquiera balbucir el nombre de Dios. Esto mismo aparece en el episodio de la zarza (cf. Gn 3), en donde el Nombre queda oculto bajo la expresión misteriosa de “YHWH”, que traducimos habitualmente por “Soy-El-Que-Soy”, o “Yo-Soy”, salvando siempre la inadecuación de la traducción del tetragrámaton. En el misterio de su Nombre, Dios encierra el misterio de su propio ser. Y, a medida que el pueblo de Israel va tratando a Dios, le va aprendiendo a llamar, según Dios mismo se va revelando⁴.

Andando el tiempo, Israel conocerá a Dios como “Padre del pueblo”, que le ha engendrado y le ha criado, sobre todo a raíz de la liberación de Egipto (cf. Nm 11, 12). Moisés asigna esta paternidad a Dios, diciendo: “¿Acaso he concebido yo a todo este pueblo o lo he dado a luz?”; también más adelante, el mismo Moisés canta la fidelidad de Dios: “¿No es el tu padre y tu creador, el que te hizo y te constituyó?” (Dt 32, 6).

De este modo, lo que Israel va descubriendo es la sublimidad de Dios, inabarcable incluso cuando se les hace presente en la propia vida, tal como lo muestra el relato del anuncio del nacimiento de Sansón (cf. Jue 13). Entonces, Mánoj, padre de Sansón, insiste en dar de comer al mensajero divino, a lo cual este responde: “Aunque me retengas, no probaré tu pan” (v. 16); a renglón seguido Mánoj le pregunta por su nombre, y obtiene como respuesta: “¿Por qué preguntas mi nombre? Es misterioso” (v. 18). Dios se presenta en este episodio como el que se acerca, una vez más, para salvar a su pueblo, sin embargo, ni prueba el pan de su pueblo ni descubre su nombre a sus fieles; se presenta como quien da la vida y la salvación, pero se sigue ocultando.

Lo que el pueblo de Israel va aprendiendo mediante esta pedagogía es que Dios es la Fuente de la Vida, el origen de todo lo que existe y quien mantiene a las cosas en su existencia. Es el Dios de la Vida, no de un modo puntual, sino constante, amoroso, cercano, aunque inabarcable para el hombre. Esta imagen del Dios Vivificador queda reflejada con precisión en la disputa de Jesús con los saduceos acerca de la resurrección, cuando dice:

⁴ Cf. J. GALOT, *Padre, ¿quién eres? Breve catequesis sobre el Padre* (Salamanca ³1999).

“LES HE DADO A CONOCER TU NOMBRE” (JN 17, 26)...

«Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: “Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob”. No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para Él todos están vivos» (Lc 20, 37-38).

Israel aprende que la vida que Dios da es la vida con Él mismo, porque Él mismo es la Vida. La vida solo puede ser en relación personal con Dios⁵, tal como apunta Jesús al recordar que Dios se ha vinculado a los hombres, hasta el punto de hacerse conocer como el Dios de Abrahán, de Isaac, de Jacob. Ellos están vivos porque Él los vivifica, la muerte no tiene poder sobre ellos, porque no tiene poder sobre Dios. Este dar la vida, vivificar, llevó a Israel a llamar a Dios “Padre”.

Jesús está explicando también cuál es el origen de su propia existencia, al tiempo que nos ayuda a empezar a entender la diferencia entre el modo de ser hijo de Dios que tiene Israel y el suyo propio. Justo a renglón seguido, san Lucas introduce el siguiente texto:

«¿Cómo dicen que el Mesías es hijo de David, si el mismo David dice en el libro de los Salmos: “Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, y haré de tus enemigos estrado de tus pies?”. David, pues, lo llama Señor; entonces, ¿cómo puede ser hijo suyo?» (Lc 20, 41-44).

Con esta precisión, Jesús introduce a sus oyentes en el misterio de la Trinidad, mostrando que hay alguien junto a Dios, este alguien es Él mismo, el Hijo de Dios, aquel que tiene a Dios por Padre, y así le reconoce y le invoca (cf. Lc 10, 21: «Te doy gracias, Padre...»; Lc 11,2: «Padre, santificado...»). Jesús es el Hijo de Dios, en el pleno sentido de la palabra, pues ha recibido de Dios Padre la vida. Siendo el Hijo Único del Padre, es también Dios. El Hijo es aquel que está siempre junto al Padre, recibiendo de Él, constantemente, la Vida. Esta recepción es un acto amoroso del Padre hacia el Hijo,

⁵ Cf. S. GRYGIEL, “Para mirar al cielo. Vida, vida humana y persona”, en: A. SCOLA (ed.), *¿Qué es la vida?* (Madrid 1999), 43: «Gracias a la anámnesis del Otro, el hombre, aun existiendo en el mundo y estando implicado en sus relaciones, no se agota en ellas. Existe tal y como ha sido creado, es decir, como alguien al que le han donado el ser y entonces, existiendo como un don, el hombre participa en la libertad de de la que proviene. Por eso, quien le hace desviarse de la Trascendencia de Dios le traiciona porque le condena a identificarse plenamente con las relaciones que constituyen el mundo. Viven, en el sentido más profundo del término, aquel que trabaja para conocerse a sí mismo precisamente como don».

por eso, la Iglesia, que conoce al Espíritu Santo como el Amor de Dios, entiende que las Tres Divinas Personas son coeternas, es decir, el Padre engendra al Hijo y se aman en el Espíritu⁶. Evidentemente, tanto la generación del Hijo como la procesión del Espíritu, no son entendibles desde las categorías de la sexualidad humana⁷.

Lo fundamental para nosotros ahora es reconocer que Dios, en Jesucristo, nos ha revelado totalmente su Nombre: Padre, y siendo Padre, tiene un Hijo al que ama en el Espíritu. Como apuntábamos antes, el Nombre y el Ser de Dios coinciden.

El discurso de la Última Cena del cuarto evangelio (caps. 14-17) presenta el mayor desarrollo de esta verdad. En este pasaje podemos comprobar ciertamente que cuando Jesús revela el Nombre del Padre lo hace de un modo peculiar: la revelación del Nombre requiere el don del Espíritu Santo, que otorga a los hombres la adopción filial. Solo siendo hijos pueden los hombres conocer en verdad el Nombre de Dios Padre. Esto significa que también para los hombres se cumple aquello que se cumplía para el Hijo: conocemos a Dios siendo sus hijos, es decir, siendo vivificados por Él, si bien, como acabamos de decir, nuestra filiación se produce en virtud del Espíritu de Cristo, Espíritu de adopción.

Por medio de su Misterio Pascual, Cristo ha alcanzado para nosotros el don del Espíritu, que nos introduce en el seno de la misma Vida de la Trinidad⁸. Darnos a conocer el Nombre de Dios y darnos la Vida Eterna convergen. Resulta evidente que este modo de conocer no puede ser el mismo acto con el que nos referimos al conocimiento humano acerca del mundo, sobre un hecho histórico o un lugar geográfico, ni siquiera es lo mismo que el conocimiento de una persona⁹. Esta diferenciación en el modo de conocer queda patente en la Tradición de la Iglesia, cuando se distingue entre los dones de sabiduría, inteligencia y ciencia que otorga el Espíritu Santo. El conocimiento de las cosas divinas, y de Dios mismo, es significado por el don de

⁶ Cf. LADARIA, 297-364.

⁷ Cf. CCE 239.

⁸ Cf. CONC. VAT. II, *Const. Dogm. Dei Verbum* 4.

⁹ Cf. J. J. PÉREZ-SOBA, *Creer en el amor. Un modo de conocimiento teológico* (Madrid 2014), 121-227.

“LES HE DADO A CONOCER TU NOMBRE” (JN 17, 26)...

sabiduría, cuyo mismo término evoca el sentido del gusto, y por tanto, al mismo tiempo, evoca este conocimiento de Dios como manjar sabroso para el hombre, que lo alimenta y lo hace crecer, por tanto, lo vivifica¹⁰. Se corrobora así lo que venimos diciendo acerca de la relación entre conocer y vivir. Este modo de conocer y vivir queda vinculado a la fe en la revelación que hace Jesús del Padre:

«Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11, 27).

La invitación del versículo siguiente pone de manifiesto que el Hijo revelará este misterio a todos los que se quieran acercar a Él:

«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y no os aliviaré» (Mt 11, 28).

3. EL ACCESO A LA VIDA A TRAVÉS DEL BAUTISMO EN EL NOMBRE

El modo de acceso a este conocimiento tiene lugar por la acción del Espíritu Santo, como Jesús mismo le dice a Nicodemo: «El que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios» (Jn 3, 5)¹¹.

La reflexión acerca de la Vida misma de Dios nos ha conducido a la comunicación de esta misma Vida a los hombres, comunicación que se hace mediante el bautismo¹². La fe bautismal se revela así como el modo adecuado de acceso a la Vida Eterna. El bautismo es un acto comunicacional en

¹⁰ Cf. J. NORIEGA, “*Guiados por el Espíritu*”. *El Espíritu Santo y el conocimiento moral en Tomás de Aquino* (Roma 2000), 499-551. En particular, sobre lo que estamos hablando, cf. p. 546: «El don de sabiduría, a través del conocimiento experiencial de Dios que posibilita, pone en juego todos los dinamismos humanos ordenándolos para que sean capaces de alcanzar lo que se le ha dado en prenda».

¹¹ Cf. I. DE LA POTTERIE, *Nacer del Espíritu* (Salamanca 1967).

¹² Cf. CCE 1265: «El Bautismo no solamente purifica de todos los pecados, hace también del neófito una nueva creatura, un hijo adoptivo de Dios que ha sido hecho partícipe de la naturaleza divina, miembro de Cristo, coheredero con Él, templo del Espíritu Santo». Cf. I. OÑATIBIA, *Bautismo y confirmación* (Madrid 2000), 180-191.

pleno sentido ya que pone en relación a distintas personas, dando origen a una verdadera comunión.

En el esquema bautismal habitual que vivimos en la Iglesia, el bautismo de niños, son los padres quienes presentan a sus hijos para ser bautizados. En este modo de celebración del bautismo, la fe bautismal encierra en sí un doble acto de confianza. Por una parte supone la confianza de los padres en Dios como Fuente de la verdadera Vida; por otra parte, el bautismo es una invitación que los padres hacen a sus hijos para que confíen en ellos, de modo que acepten como propio aquello que ellos les proponen como bueno para ellos. Este segundo acto de confianza se realizará más adelante, aunque está ya incoado en el momento del bautismo. Estos actos de confianza se establecen en una cadena que vincula a Dios, con los padres y el hijo. Mediante el sacramento del bautismo, los padres, que han dado ya la vida biológica al hijo, le van a introducir también en la vida divina. Aquellos mismos que han colaborado con Dios para que el hijo pudiera recibir la vida temporal, vuelven ahora a colaborar con Él para que reciba también la eterna¹³.

Al principio nos hemos fijado en la belleza del acto de los padres que enseñan a su hijo los nombres de “papá” y “mamá”, para que aprendan quién es él como hijo de ambos. Ahora, podemos fijarnos también en que serán los padres quienes se apropien de aquellas palabras de Jesús: “Le hemos dado a conocer tu Nombre”. Bautizar en el Nombre del Dios Trino supone enseñar al hijo a llamar a Dios Padre, Hijo y Espíritu en una relación personal, íntima y familiar, con todo lo que esta palabra conlleva.

4. EL BAUTISMO COMO ACTO COMUNICACIONAL

De los múltiples aspectos que conlleva el bautismo para la vida del hombre, queremos fijarnos ahora en su dimensión comunicativa¹⁴. Recibir la vida

¹³ Cf. J. NORIEGA, “La fecundidad del Espíritu en la fecundidad humana”, en: L. GRANADOS e I. DE RIBERA (EDS.), *El misterio de la fecundidad. La comunicación de su gloria* (Burgos 2013), 31-46.

¹⁴ La comunicación es un concepto fundamental en teología, que no puede reducirse a la cuestión de los medios técnicos, tan preponderantes hoy día. Cf. C. CARNICELLA, “Comuni-

“LES HE DADO A CONOCER TU NOMBRE” (JN 17, 26)...

es un acto comunicativo, es más, pretendemos demostrar que es el acto comunicativo por excelencia, en virtud de lo que hemos afirmado ya acerca de la recepción de la Vida Eterna del Padre por parte del Hijo.

“Comunicar” es poner algo en común, hasta el punto de unificar, hacer uno, conducir a la unidad, a quienes comparten lo comunicado¹⁵. Esta es la clave que no podemos perder: comunicar es unificar. Los que se comunican se hacen uno, pues tienen algo en común; y en el momento en que dejen de tener esto en común, dejan de estar comunicados, dejan de ser uno¹⁶.

Esta es la diferencia entre dar y comunicar. El que da algo, puede darlo y quedarse sin ello. En la dinámica del don, el donante se puede desprender del don, quizá con la esperanza de establecer una relación con el receptor que vaya más allá del don, pero esta esperanza se halla al modo de promesa, no de realidad¹⁷. La comunicación es un modo particular de la donación, es un modo particular de donarse, pues la permanencia de la unión en lo común, la *comunión*, es precisamente la realización de la promesa que se halla en el acto de la donación¹⁸. Mientras que en la donación cabe la posibilidad de una distancia entre donante y receptor tras el acto de la donación, en la comunicación esta distancia no cabe, pues, de existir esta distancia no podríamos hablar propiamente de acto comunicativo.

La comunicación, por tanto, no puede ser reducida a una *transmisión*, la *transmisión* sería más bien el envío de algo por un canal determinado. Este es el sentido habitual que empleamos en el lenguaje cotidiano al hablar de comunicación: nos referimos principalmente a la *transmisión de informa-*

cación”, en: R. LATOURELLE, R. FISICHELLA, S. PIÉ-NINOT, *Diccionario de Teología Fundamental* (Madrid 2000), 192-200; S. PIÉ-NINOT, *La teología fundamental* (Salamanca³1996), 154-161.

¹⁵ Cf. J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo* (Salamanca⁸1996), 147-149.

¹⁶ Cf. R. SACRISTÁN, “*Ipsa unio est amor*”. *Estudio del dinamismo afectivo en la obra de Santo Tomás de Aquino* (Madrid 2013), 553-573.

¹⁷ Entre los autores actuales que han estudiado este tema hay que citar la obra de J.-L. MARION, *Étant donné. Essai d’une phénoménologie de la donation* (Paris 1997). En ella se puede reconocer justamente lo que estamos señalando, un cierto desprendimiento entre donante y receptor precisamente por no estar fundamentada la relación en la unión previa del amor.

¹⁸ Una interpretación de la donación desde la óptica de la comunicación-comunión la encontramos en ANDERSON-GRANADOS, 43-72.

ción, entendiendo, a su vez, la *información* como un conjunto de enunciados. No entraremos a considerar si la veracidad de los mismos es exigida para que exista un verdadero acto comunicativo según los parámetros de la teoría de la comunicación dominante¹⁹.

La comunicación no puede ser un mero *decir algo*, sino que es un acto humano que consiste en poner algo en común con alguien de modo que ese algo nos vincule hasta el punto de unificarnos en lo común.

Aplicando este esquema a lo que hemos visto acerca de la relación entre las divinas personas, podemos entender perfectamente que ellas viven un acto real de comunicación en cuanto el Padre se ha donado totalmente al Hijo, como dice san Juan: «El Padre ama al Hijo, y todo lo ha puesto en su mano» (3, 35). El amor entre el Padre y el Hijo consiste en la donación de aquello que tiene el Padre al Hijo, y lo que es propio del Padre es la Vida: «Igual que el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado también al Hijo tener vida en sí mismo» (Jn 5, 26). Esto no significa que el Padre se haya quedado sin lo que tenía, sino que ahora, lo que tenía, se lo ha comunicado al Hijo, de hecho, el Hijo mismo dice: «Yo vivo por el Padre» (Jn 6, 57). En esta expresión podemos corroborar lo que hemos dicho anteriormente: que la vida del Hijo brota de la comunicación con el Padre. Justamente, en este acto comunicativo, son uno junto con el Espíritu “que procede del Padre” (Jn 15, 26), y que recibe lo mismo que recibe el Hijo, pues dice el mismo Jesús: «Recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho que recibirá y tomará de lo mío y os lo anunciará» (Jn 16, 14b-15).

El fundamento de la Trinidad es, por tanto, este acto comunicativo que tiene por origen al Padre, y como receptores al Hijo y al Espíritu, y cuyo contenido es la misma vida del Padre que es comunicada al Hijo y al Espíritu. En tanto perdura este acto comunicativo, perdura la existencia misma de la Trinidad, dado que es eterno el acto, es eterna igualmente la existencia de los Tres²⁰.

¹⁹ Un ejemplo de esta concepción de la comunicación se puede ver en los análisis que integran el volumen de M. MARTÍN SERRANO y M. SIGUÁN, *Comunicación y lenguaje* (Madrid 1990).

También puede verse: A. MUCCHIELLI, *Psicología de la comunicación* (Barcelona 1998).

²⁰ Cf. LADARIA, 241-364.

“LES HE DADO A CONOCER TU NOMBRE” (JN 17, 26)...

El misterio de la vida del hombre es que ha sido invitado a participar de esta comunión que disfrutaban las Personas divinas. En el Amor Trinitario, Dios ha tenido a bien compartir, comunicar su propia vida con sus criaturas, para que estas puedan gozar de la Vida Trinitaria. El Padre no ha reservado la vida solo para el Hijo y para el Espíritu, sino que la ha comunicado, este es el origen de la Creación, que es un acto comunicativo, en cuanto todo lo creado recibe la existencia de su Creador, y solo se mantiene en la existencia porque dicho acto comunicativo perdura, según leemos en los salmos:

«Todos ellos aguardan / a que les echas la comida a su tiempo: / se la echas y la atrapan / abres tu mano, y se sacian de bienes; / escondes tu rostro, y se espantan; / les retiras tu aliento, y expiran / y vuelven a ser polvo; / envías tu espíritu, y los creas, / y repueblas la faz de la tierra» (Sal 104, 27-30).

La diferencia radical entre el hombre y el resto de las criaturas es que el hombre ha sido llamado a compartir la vida en el seno de la Trinidad, ha sido invitado a ser amigo de Dios, hijo en el Hijo. Esta comunicación de la vida trinitaria es lo que acontece en el bautismo, que nos convierte en hijos del Padre, miembros del Hijo, templos del Espíritu²¹. Este vínculo indeleble que la Trinidad establece con los hombres mediante el bautismo es la fuente de unidad de todos los cristianos: el bautismo nos hace verdaderamente uno²². Esta unidad es la misma que vive la Trinidad, y se constituye por la comunicación de la Vida que existe entre las Tres Personas, a la cual somos incorporados los bautizados.

5. LA COMUNICACIÓN DE LA VIDA EN EL SENO DE LA FAMILIA

Este mismo esquema que hemos visto sobre la comunicación de la vida en la Trinidad podemos descubrirlo en la vida familiar, como hemos esbozado anteriormente²³.

²¹ cf. CCE 1265.

²² cf. CCE 1271.

²³ Cf. M. OUELLET, “La *communio personarum* en la familia y en la Iglesia: *Familiaris consortio*”, en: L. MELINA y S. GRYGIEL (dirs.), *Amar el amor humano. El legado de Juan Pablo II sobre el matrimonio y la familia* (Valencia 2008), 43-57.

El corazón de la vida familiar lo constituye el amor esponsal. Dicho amor se caracteriza por ser una forma particular y única del amor de amistad cuyos rasgos son la alteridad entre el hombre y la mujer, la estabilidad del vínculo y la fecundidad de la unión²⁴. La experiencia fundamental de los esposos es el gozo propio de la unión, que consiste en la convivencia. La convivencia es una afirmación peculiar de la belleza del amor, pues supone el reconocimiento del “nosotros” como principio de acción²⁵. Es decir, el amor esponsal es la superación radical del egoísmo y de la idolatría. Ambos excesos son superados en la reciprocidad que constituye el “nosotros”, que halla su raíz última en Dios²⁶. Tanto el egoísmo como la idolatría constituyen a uno u otro cónyuge en esclavos. El egoísta reducirá al otro a la esclavitud, el idólatra se reducirá él mismo a esclavo del otro. Solo la adecuada reciprocidad en el amor entre los cónyuges los mantiene en el equilibrio adecuado.

Los cónyuges se entienden siempre unidos, y, justamente, la perdurabilidad de la unión es su tesoro. El amor hermoso es aquel en el que ambos se cuidan del bien común que es precisamente el estar unidos²⁷. La belleza de este amor ha sido recogida poéticamente en la Sagrada Escritura por el *Cantar de los Cantares*, en el que las alegorías de la unión esponsal no se cierran sobre sí mismas, sino que, las figuras frutales, tan repetidas por el hagiógra-

²⁴ Este mismo esquema se aplica a la vida consagrada, en la cual, la alteridad hombre-mujer se entiende desde la perspectiva del vínculo Cristo-Iglesia, donde los consagrados son la concreción de la Iglesia-Esposa; las características de estabilidad y fecundidad son igualmente aplicables. Cf. SCOLA, *Hombre-Mujer*, 150-152; ANDERSON-GRANADOS, 173-183; L. VIVES SOTO, “De generación en generación: La fecundidad en la familia y en la virginidad”, en: L. GRANADOS e I. DE RIBERA (eds.), *El misterio de la fecundidad. La comunicación de su gloria* (Burgos 2013), 143-159; J. NORIEGA, *El destino del Eros. Perspectivas de moral sexual* (Madrid 2005), 288-289.

²⁵ Cf. F. WILHELMSSEN, *La metafísica del amor* (Madrid 1964), 26-27: «Sería preferible describir a la persona humana, no en términos de incomunicabilidad, sino en términos de comunicación e incluso de comunión. La persona no se circunscribe al ser ni se describe adecuadamente en términos del yo aislado. La personalidad no está constituida por un “yo”, sino por un “nosotros”».

²⁶ Cf. JUAN PABLO II, *Carta a las familias* 6: «El “Nosotros” divino constituye el modelo eterno del “nosotros” humano; ante todo, de aquel “nosotros” que está formado por el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza divina».

²⁷ Cf. ANDERSON-GRANADOS, 186: «Estar juntos, en sí mismo, es ya un bien. *El bien común es el bien de vivir en comunión*».

“LES HE DADO A CONOCER TU NOMBRE” (JN 17, 26)...

fo, acaban en el canto a los frutos del amor. Esta alegoría de los frutos del amor nos pone en la pista que nos permite relacionar la comunión de los esposos con la llegada de los hijos. Es la alegría propia del gozo de la unión que viven los esposos el origen del deseo de los hijos. El gozo de la unión exige la fecundidad del mismo, del mismo modo que el árbol frutal exige sus frutos. Un amor que no fuese fecundo no sería un amor verdadero, pues el amor, como hemos visto en nuestra reflexión acerca de Dios, busca comunicarse²⁸.

La búsqueda de los hijos es intrínseca al amor de los esposos. Dos esposos que no quisieran tener hijos no estarían viviendo un verdadero amor esponsal, pues estarían omitiendo la dimensión de fecundidad que hemos citado como propia del amor esponsal. El mismo hecho del retardar la llegada de los hijos pone de manifiesto una dificultad, que puede ser real, en el amor de los esposos, aunque también puede ser debida al temor o a la fragilidad del amor entre ellos. Los novios se empiezan a convertir en esposos cuando descubren que su amor es de tal belleza que anhelan compartirlo; en ese momento no es solo que quieran permanecer unidos, sino que entienden que su unión no va a ser empañada por la llegada de los hijos, antes bien, todo lo contrario.

Es fácil entender ahora que la fecundidad esponsal es imagen de la fecundidad divina, en cuanto la fecundidad es propia del amor²⁹. Si bien, esta imagen es análoga, es decir, la distancia entre la fecundidad del amor de los esposos y la fecundidad del amor del Padre es infinita, ya que en Dios la fecundidad no está sujeta a la distinción sexual propia del hombre y la mujer. Sin embargo, ambos amores muestran su veracidad en su fecundidad, ambos se caracterizan porque comunican vida. La vida que comunican los esposos no es primeramente la existencia de un nuevo ser distinto de ellos, sino la

²⁸ Cf. L. GRANADOS e I. DE RIBERA (eds.), *El misterio de la fecundidad*. Los distintos capítulos del libro iluminan distintos matices de la fecundidad humana traspasada por la fecundidad divina.

²⁹ Cf. ANDERSON-GRANADOS, 151: «Los esposos dan un fruto que les supera infinitamente, que nunca habría podido producir por sí mismos: el don de una nueva vida. El asombro de los padres ante cada nuevo hijo les recuerda que su amor está enraizado en el amor de Dios, y que solo así puede hacerse fecundo».

comunidad que viven ellos dos. Reducir la vida de la persona a un conjunto de constantes biológicas, de movimientos, u otros aspectos mecánicamente perceptibles, sería no entender lo que es la vida personal³⁰. Habiendo visto la referencia a la generación del Hijo y a la procesión del Espíritu, podemos entender mejor ahora que, de alguna manera, la vida del hijo comienza a tomar forma cuando los esposos anhelan su llegada, la desean, y por eso se unen para conseguirla. Por tanto, podemos decir que el hijo está ya presente en el acto conyugal, al modo de promesa de un amor fecundo; y, al mismo tiempo, el hijo es sí es recuerdo de este amor, alianza viva de los esposos.

También es cierto que, en la fecundidad humana, la unión conyugal y el nacimiento del hijo no siempre se siguen, dado que hay otros factores que entran en juego. Además, la unión y el nacimiento, aún cuando se siguen, lo hacen con un intervalo de tiempo considerable.

La gestación no solo es un tiempo que afecte al que va a nacer, sino que afecta por igual a los esposos. La gestación supone un cambio novedoso, pues *transforma* a los esposos en padres, al matrimonio en familia. La llegada del hijo, gracias al acto de comunicación de la vida de los esposos, de su donación personal, da origen a una nueva comunidad. El “nosotros” de los esposos se transforma en el “nosotros” de la familia, sin embargo, podemos afirmar que se sigue manteniendo la unidad, pues el “nosotros” familiar unifica a los miembros de la misma familia. Esta afirmación es real tanto tras la llegada del primogénito como tras la llegada de cada uno de los hijos siguientes.

Hemos empleado el término *transformación* para referirnos al cambio que ocurre en el matrimonio con la llegada de los hijos. Pero quizá podríamos aplicar aquí con propiedad la expresión de Benedicto XVI en *Spe Salvi* cuando habla del amor como *performativo*³¹, en el sentido de cómo las personas se *forman* entre sí en la relación al ser constituidos *padres* o *hijos*.

³⁰ Ib.

³¹ BENEDICTO XVI, *Spe Salvi* 4: «El encuentro con el Dios que nos ha mostrado su rostro en Cristo, y que ha abierto su Corazón es para nosotros no solo *informativo*, sino también *performativo*, es decir, puede transformar nuestra vida hasta hacernos sentir redimidos por la esperanza que dicho encuentro expresa».

“LES HE DADO A CONOCER TU NOMBRE” (JN 17, 26)...

6. LA SUPERACIÓN DEL PARADIGMA *INFORMATIVO* DE LA COMUNICACIÓN

Toda nuestra reflexión nos lleva a replantearnos el significado que aplicamos habitualmente al término “comunicación”³². En la actualidad, al hablar de comunicación hablamos principalmente, como hemos dicho anteriormente, de una *transmisión de información*³³. Alguien *dice algo* a alguien. No se puede negar que haya una cierta relación interpersonal. Tampoco se puede negar que haya una cierta puesta en común de algo, aquello de lo que se informa. La cuestión fundamental es el tipo de relación que se establece entre las dos partes.

Ciertamente, el acto de compartir una *información*, entendiendo por tal el conocimiento de algún hecho, texto, etc., implica la construcción de un ámbito de referencia común, como es el que se establece, por ejemplo, en la cultura³⁴. Ahora bien, este modelo *informativo* de comunicación no implica necesariamente la permanencia de la relación, es decir, la comunión.

Tal y como hemos visto, el modelo comunicativo que parte de la Revelación trinitaria, se caracteriza por la convivencia, una convivencia que consis-

³² Desde el ámbito psicológico, es referencia obligada la escuela de Palo Alto (California), cf. P. WATZLAWICK, J. BEAVIN y D. D. JACKSON, *Teoría de la comunicación humana* (Barcelona 1981). Estos autores afirman que todo comportamiento es una forma de comunicación y que es imposible no comunicarse; distinguen dos niveles de comunicación, uno de contenido y otro de relación (*metacomunicación*), de modo que la relación determina el contenido. No obstante, no hacen referencia al vínculo entre los que entran en relación.

³³ Existe en psicología la distinción entre *conducta comunicativa* y *conducta informativa*, aunque en ningún modo queda recogida según la entendemos aquí nosotros. Cf. FCO. MORALES (coord.), *Psicología social* (Madrid 1995), 363: «La comunicación sería un intercambio de mensajes cuyos significados se basan en la existencia de un código, es decir, una serie de reglas de interpretación que comparten el emisor y el receptor del mensaje. (...) La conducta informativa también puede transmitir mensajes, es decir, información, pero no existe en este caso un código compartido por emisor y receptor. El receptor puede interpretar la conducta del emisor de acuerdo con un determinado criterio que le proporciona información sobre el estado del emisor o algunos de sus rasgos».

³⁴ Un análisis de este modelo de comunicación desde una perspectiva cristiana lo encontramos en M. M^a. BRU, *Una comunicación al servicio del hombre. Itinerarios para una ética en las comunicaciones sociales* (Madrid 2013).

te en dar vida al otro. Este *dar vida* se verifica tanto en la Trinidad, como entre los esposos y con los hijos.

Hemos apuntado también que la comunicación supone una unificación, es decir, nos constituye de un modo nuevo de vivir, hasta el punto de que podemos decir que es una *nueva vida*. El fin de la comunicación es la comunión. Esta afirmación, que también cabe dentro del paradigma de la *transmisión informativa*, no se verifica necesariamente siempre en dicho paradigma.

Hay ocasiones en que las relaciones sociales, e incluso en casos las familiares, pueden quedarse en informativas. Esto sucede cuando las personas no ponemos en juego nuestra vida junto a los otros. En la llamada *sociedad de la información* asistimos a una forma de relaciones sociales excepcionalmente débiles, caracterizadas como *líquidas* por algunos pensadores³⁵, relaciones que van y vienen indistintamente. Las redes sociales se caracterizan por la no implicación personal en las mismas, hasta el punto de ser posible ocultar deliberadamente la verdadera identidad personal, impidiendo cualquier intento de verdadera comunión³⁶.

Otro riesgo consiste en tratar de *uniformar*, y no de *unificar*, mediante el acto comunicativo. Ocurre esto cuando el *informador* busca imponer un modo de interpretar las relaciones y la realidad misma, negando la autonomía de quien recibe la información. Es el caso de los intentos de extender una opinión hasta hacerla dominante, anulando cualquier posibilidad de respuesta, hasta el punto de lograr que la persona sea literalmente *absorbida, uniformada* en la opinión impuesta. Lo que ocurre en este caso es que desaparece la posibilidad de comunión porque no hay dos personas, sino que el receptor es abolido en el mensaje. Es un modo que busca la manipulación del otro, tal como ocurre en los regímenes totalitarios. Es curioso comprobar que Dios, lejos de ser, como se le imputa a menudo, un dictador, es justamente el máximo defensor y garante de una verdadera comunicación en libertad, hasta el punto de permitir que el hombre rechace su oferta de amistad, de comunión con Él.

³⁵ Cf. ZYGMUNT BAUMAN, *Liquid Love. On the Fragility of Human Bonds* (Oxford 2003).

³⁶ Cf. J. A. GALLEGU, *Comunidades virtuales y redes sociales* (Madrid 2012). Y sobre los problemas relacionados, cf. M. CHOLIZ y C. MARCO, *Adicción a internet y redes sociales* (Madrid 2012).

“LES HE DADO A CONOCER TU NOMBRE” (JN 17, 26)...

Así pues, el paradigma de la información corre los riesgos del extrinsecismo, esto es, la no implicación del emisor, y del uniformismo, la eliminación de la autonomía del receptor. Estos dos riesgos son superados por el modelo de comunicación propio de la revelación, que supone la coimplicación de quienes forman los polos de la relación, así como la libertad para mantener la comunión.

7. LA FUERZA DE LA COMUNICACIÓN EN UNA SOCIEDAD INCOMUNICADA

El paradigma comunicativo no solo no rompe los lazos familiares, sino que los fortalece precisamente al orientar al hijo a abandonar la casa paterna para poder vivir él también algo tan hermoso como lo que han vivido los padres: la hermosura de un amor esponsal verdaderamente fecundo³⁷. Así vivida, la comunicación no solo no aniquila la familia, sino que la extiende a toda la humanidad y hasta Dios mismo. Sin embargo, esta extensión de la familia no elimina la relevancia de cada familia particular, sino que es justamente en el reconocimiento de la familia particular como se puede construir la gran familia de los hijos de Dios que abarca toda la humanidad. Abolir la familia particular es negar al hombre la posibilidad de descubrir que procede de un amor particular, con nombres propios bajo los nombres comunes de “papá” y “mamá”. Abolir la familia particular es abolir la historia del amor y cerrar la entrada al Amor por antonomasia en la historia de los hombres.

³⁷ Cf. ANDERSON-GRANADOS, 165: «Ninguna familia puede permanecer cerrada en sí misma. Si esto ocurriera, se atendería solo a sus metas privadas, dejaría de ser verdadera familia. Y es que la familia está construida sobre un amor que es siempre más grande que ella, y que se orienta hacia grandes horizontes, desbordando los límites del hogar. Muestra de esta apertura del amor familiar es la venida del hijo: cuando marido y mujer se convierten en padres cruzan el umbral de la responsabilidad más alta hacia las futuras generaciones. Su amor, herencia recibida del pasado, se proyecta ahora hacia el futuro». Cf. también: J. GRANADOS, *Ninguna familia es una isla. Raíces de una institución en la sociedad y en la Iglesia* (Burgos 2013).

No podemos acabar nuestra reflexión sin dar una respuesta, aunque sea breve, a la dificultad que supone para muchos hombres no poderse reconocer como hijos amados por sus padres³⁸. Esta es una realidad que ya conocían los antiguos israelitas, y para la que también habían recibido una consoladora respuesta:

«Si mi padre y mi madre me abandonan, / el Señor me recogerá» (Sal 27, 10).

Dios es invocado como “Padre de huérfanos” (Sal 68, 6), Él se ocupa de aquellos de quienes nadie quiere ocuparse, porque Él los ama en verdad. Y es que hay una orfandad más terrible que la ocasionada por el fallecimiento de los padres: el rechazo de los padres que señala el salmista; pues, mientras que en fallecimiento de los padres se puede seguir afirmando su amor por el hijo, en el abandono se niega dicho amor, quedando negado, al mismo tiempo, el origen humano de la vida del hijo. En estos casos, el hijo se halla con un difícil camino para poder afirmar su vida³⁹. El drama de los hijos de padres divorciados es que se convierten aquellos sobre los que recae el peso del vínculo familiar, “se convierte concretamente en el principal contacto entre aquellos que le han traído al mundo, y que, en cierto modo, continúan trayéndole al mundo cada día”⁴⁰.

Es en estos casos en los que ha brillado con especial intensidad la maternidad propia de la Iglesia, que reconoce a todos los hombres como llamados a la participación de la filiación divina. El testimonio de caridad heroica de tantos santos, tanto célibes como casados, recogiendo y acogiendo huérfanos de todo tipo, pone de manifiesto la fecundidad de la fe, su invalorable aportación para la vida del mundo.

³⁸ Cf. L. MELINA y C. ANDERSON (eds.), *Aceite en las heridas. Análisis y respuestas a los dramas del aborto y del divorcio* (Madrid 2010).

³⁹ Cf. E. MARQUARDT, “La vida espiritual de los hijos de padres divorciados”, en: MELINA-ANDERSON, 52: «Cuando los padres se divorcian, la difícil labor de lidiar con el conflicto creado entre sus mundos no desaparece. Por el contrario, el divorcio carga al niño con la tarea de dar sentido, por sí mismo, a dos mundos. El resultado es que el divorcio siembra un conflicto interno permanente en la vida de los niños».

⁴⁰ O. BONNEWIJN, “Ser padres tras un divorcio. Algunas pistas de ética teológica”, en: MELINA-ANDERSON, 70.

“LES HE DADO A CONOCER TU NOMBRE” (JN 17, 26)...

Cada hombre que llega a este mundo es en verdad hijo; y como hijo es invitado al mismo tiempo a reconocer en Dios la Fuente de la Vida de la mano de sus padres, y a convertirse él mismo en esposo y padre, para seguir comunicando la Vida, para seguir comunicando el Nombre de Dios en la fecundidad de su sponsalidad.

8. LA COMUNICACIÓN COMO MODO DE VIDA COMUNIONAL

“Les he dado a conocer y les daré a conocer tu nombre, para que el amor que me tenías esté con ellos, y yo esté con ellos”. Llegamos al final de nuestro recorrido repitiendo la misma cita con la que lo empezamos, y hemos de recoger los frutos de nuestra reflexión.

Hemos visto cómo la comunicación es un acto que consiste en el vínculo perdurable entre dos o más personas, que hace de varios uno, los unifica, en función precisamente de la posesión común de lo comunicado. Hemos comprobado cómo este esquema, que se aplicó primeramente a la reflexión trinitaria, se ajusta también a las relaciones humanas, especialmente a las familiares (esponsales y paterno-filiales). Por último, hemos constatado la superioridad del paradigma personal de la comunicación sobre la comprensión de la comunicación como transmisión de información. También, aunque brevemente, hemos atendido a los riesgos de una mala comprensión de la sociedad de la información.

Nuestra reflexión se ve iluminada, una vez más, por las palabras de Jesús en la cita que nos ha guiado durante todo este camino. Jesús habla de su tarea en pasado y en futuro: “les he dado a conocer y les daré a conocer”, dice. Hablando así, la vida del creyente se entiende como un acto de constante comunicación con Dios, de compartir la vida que nos ofrece constantemente, ahora en esta vida y después en la eternidad. Podemos decir que la vida del creyente, y en particular la vida eterna, que la Iglesia define con Sto. Tomás de Aquino como visión beatífica, y que consiste en la perfección de la caridad, entendida como una cierta amistad del hombre con Dios, consiste en tener como futuro la contemplación de la eterna comunicación trinitaria, de modo que, lo que era la fuente originaria se con-

vierte en el océano final⁴¹. El Amor Originario de Dios es el fin último de la vida del hombre. La vida del hombre, consiste, entonces, en un movimiento paradójico, que avanza en el cauce remontándolo⁴². El hombre podrá avanzar en el camino de su vida reconociendo el amor de sus padres que lo han amado y engendrado, y, al mismo tiempo, en este amor, como hemos visto, podrá, por medio de la recepción de la vida de la fe en el mismo seno familiar que le dio la vida biológica, remontarse del amor de sus padres al amor de aquel “Padre de quien toma nombre toda paternidad en la tierra” (Ef 3, 15). Alcanzar a este Padre, por medio de Cristo, en el Espíritu, es la meta de toda comunicación humana. Esta meta no es una meta individual, al contrario, supone el vínculo familiar y se abre a la sociedad, pues, habiendo reconocido el hijo el amor recibido que lo vivifica, podrá entender que no vive para ninguna otra cosa que no sea cultivar ese amor y hacerlo fructificar⁴³. Al decir esto, podemos entender que el bien común que rige toda sociedad humana, en función de lo que hemos ido viendo, antecede verdaderamente a la misma sociedad, la genera y la ordena. Alcanzar la promesa de la comunión trinitaria tiene fuerza suficiente como para vitalizar a toda la humanidad. Esta promesa actúa eficazmente de motor para las sociedades humanas y está fuera de cualquier riesgo utilitarista o hedonista que pueda empañar la actividad humana. Lamentablemente, hay que constatar una y otra vez que no es este el fin que mueve las sociedades hodiernas. Ayudar a que lo sea es el fin de la Iglesia, que existe para evangelizar, es decir, para comunicar dicho fin, haciéndolo presente con su propia vida. En esta tarea, las familias cristianas, así como los consagrados, tienen un papel insustituible: comunicar a los hombres de cada tiempo a qué están llamados, cuál es la grandeza de su vocación.

⁴¹ Cf. *STh* I-II, qq. 1-5.

⁴² Cf. JUAN PABLO II, *Tríptico Romano. Poemas* (Murcia 2003). En particular los poemas *Asombro y Fuente*.

⁴³ Cf. ANDERSON-GRANADOS, 185-198.